

27 EMOCIONES Y SENTIMIENTOS. LENGUAJE VERBAL Y SISTEMA DE RELACIONES OBJETALES: (II) EMOCION Y SENTIMIENTO

CONTENIDO

1. Introducción. Consideraciones sobre los temas
2. Cognición y emoción
3. Dolor y mal
4. Dolor. Afecciones y narraciones
5. Emoción y tono muscular
6. Emoción y sentimiento
7. Clasificación de las emociones
8. Sentimientos y valores
9. Notas finales
10. Bibliografía

1. INTRODUCCIÓN. CONSIDERACIONES SOBRE LOS TEMAS

Tras estudiar el sentimiento, en la segunda parte de este trabajo nos centraremos más en la emoción. Comenzaremos con algunas propuestas generales desde la aproximación que aquí mantenemos:

- **Entre emoción y sentimiento hay diferencias cualitativas.**
- **El sentimiento, tal como lo hemos situado, forma parte del contenido del signo en su vertiente de significado relacional que expresa la afectación del sujeto por el significado objeto o referencial.**
- La emoción se sobreañade al sistema de la lengua que sólo en la maduración-desarrollo la integra en la elaboración psíquica.
- La emoción es contemporánea del lenguaje verbal, pero también le precede.
- El lenguaje verbal puede describirla y asumirla de igual modo a como describe o asume el mundo previo.

- La emoción posee pesadas interacciones con la cognición (unidad psíquico-emocional).
- La emoción posee sólidos engarces con el tono muscular y con el dolor.
- La emoción y el sentimiento cuentan con complejas interacciones por las que se estimulan mutuamente.
- **Las emociones se organizan en tipos de emociones sobre las que se asientan los tipos de qualia que de manera sincrónica se emparejan con los significados relacionales para construir los sentimientos altamente diversificados pero ellos mismos organizados en tipos similares.**

Las emociones son reacciones reflejas o condicionales ante estímulos, sean objetos (apetecibles, indeseables, etc) sean situaciones de éxito, de fracaso o inesperadas; los estímulos –en el humano adulto- son percepciones (siempre en cierto grado interpretaciones constructivas) o bien pensamientos elaborados en el interior del sistema de la lengua. Cuando nacen de esta última elaboración las emociones siguen a los sentimientos aunque no deben de confundirse con ellos. Desde el punto de vista psicogenético las emociones reflejas, tras el desdoblamiento representativo y el lenguaje, aparecen sobre todo como consecuencia de la interpretación del mundo. **La emoción nos habla tanto del mundo externo como del propio individuo en la medida que digiere ese mundo mediante la captación de las propiedades siempre relacionales.** Con el desarrollo-maduración la construcción del psiquismo supone el establecimiento estructural del sistema de relaciones objetales (Zuazo, 1) como matriz psicológica interna: señalar la “misión” (Dahl, 2), marcar cómo van las cosas, dependerá del juego de distancias (distancia oportuna) entre el sujeto y las clases objetales distribuidas según la bipolaridad del género y de la barrera generacional.

Es particular a la emoción su carácter de urgencia dada la inmediatez del reflejo ante el estímulo. Este último toma un camino cognitivamente más complejo y elaborado: no reaccionamos emocionalmente a la realidad sino a su interpretación.

Cabe la pregunta sobre si puede surgir una emoción de un modo que denominaremos, por comodidad, neurofisiológico; tal vez la emoción marca las zonas de cabalgamiento o puente entre la mente y el cerebro. De ser así, sería el único caso en el que la emoción fabricando su contexto (cognitivo) funcionaría como “drive”. En cualquier caso, la emoción –salvo en la última posibilidad citada- no puede ser origen (“drive”) de nada porque forma parte de una unidad psíquica (cognitivo-afectiva) que es quien podrá comportarse como antecedente u origen. Por sus manifestaciones corporales inmediatas (tono, actividad simpática y parasimpática, actividad hormonal, etc.) la emoción coloca al individuo en disponibilidad conductual y a su vez, de un modo jamesiano (James, 3), informa actuando como estímulo interno para ser elaborado.

El estímulo capaz de desencadenar la unidad psíquico-emocional ha de estar dotado de un cierto poder según los probables perjuicios o beneficios que pueda desencadenar dado el contexto en el que aparece. Un factor importante es el modo de anticipación y el carácter conflictivo ligado a la suma de contradictorios en los juegos de distancias relacionales (Zuazo, 4).

Castilla del Pino (5) nos habla de la incertidumbre que genera en el interlocutor la intensidad de la experiencia emocional, sin embargo de igual manera podría atribuirse esa intimidad a cualquier pensamiento. “No se reproducen los sentimientos cuando se los recuerda –escribe el último autor (5, p.31)-: el recuerdo de la alegría puede alegrarnos, pero es una alegría distinta”; ¿significa esta afirmación que el sentimiento es diferente a lo pensado / discurredo? o bien, ¿no será que tan sólo señala el hecho de que lo que recuerdo aquí y ahora posee un significado diferente a lo que me aconteció entonces?. “Hablar de lo que se siente –escribe Castilla del Pino más adelante (5, p.65)- es en verdad hablar de lo que se piensa cuando se siente”. La afirmación parece tener la evidencia del hecho, sin embargo, ¿a qué se contrapone?. Hablo de lo que puedo cuando pretendo describir lo que siento, ciertamente, pero también, hablo de lo que puedo cuando pretendo describir lo que pienso. Parte de mi intimidad es refractaria aún para mí en cualquier pensamiento. En el fondo parece que estamos girando alrededor del “qualia” que luce es inexpresable en el discurso sin asentarnos en figuras. Sin embargo, y es en lo que queremos insistir, ¿esas características cualitativas no están –siempre, con mayor o menor rigor- inscritas en cualquier pensamiento?. Pensamos que la respuesta es afirmativa, y no porque el sentimiento –según el modo del afecto freudiano (Freud, 6)- se acople a la cognición y al signo, sino porque ese signo implica constitutivamente en su interior semántico al sentimiento.

El sentimiento tal como lo enfocamos en este trabajo es asunto del lenguaje verbal e intrínseco al plano del contenido del signo. El término “sentir” (raíz original de “sentimiento”) es portador de una polisemia que puede confundirnos: “siento que me tocan”, “lo siento, no debí hacerlo”, “siento pena cuando lo recuerdo”... Lo que denomino “siento” del sentimiento es un tema semántico instalado en la significación y en el sentido. En realidad no siento más o menos sino que siento distinto; otro asunto es el “siento” de la emoción. Hay cosas que me parecen indiferentes, serían aquellas que poco me conciernen o aparentemente nada; cuando tienen que ver conmigo, pensamiento y sentimiento se confunden porque son lo mismo. Pienso en algo o siento algo son similares salvo cuando ese sentir se refiere a la sensación / percepción o a la emoción propiamente dicha en la que la unidad psíquico-emocional deja ver cierta disimetría entre lo cognitivo y lo emocional (que en el fondo se asienta en las manifestaciones corporales, somáticas).

La pregunta, cuando pienso en algo y tengo tal o cual sentimiento, sería: ¿ese sentimiento es algo sobreañadido o es intrínseco al pensar en ese algo?. Como escribe Barberousse (7) “la cuestión que se presenta a propósito de estas propiedades fenomenológicas (los quale) es la de saber si son intrínsecas, es decir si son verdaderamente independientes de otras propiedades de nuestros estados mentales, e irreducibles a ellos, como los partidarios del qualia lo sostienen (p.243)”. Desde nuestra perspectiva la respuesta a la última pregunta sería un claro “no”: al menos ciertos quale, como cualidades sensibles –en nuestro caso relativas al sentimiento- de carácter íntimo y subjetivo, son completamente dependientes confundiéndose con la semántica de la relación de “la cosa” con el sujeto. **El significado sin experiencia no es nada y un mundo de signos donde nadie los lee o escucha carece de “significado”. Significado y sentimiento exigen al humano, y más precisamente a la conciencia del humano vivo. En suma, significado, sentimiento, conciencia y experiencia son rasgos captados según diferentes modos de aproximación a un mismo todo.** Si no hubiese plano del contenido siempre lo “sentido” del sentimiento sería sobreañadido. Para un ordenador –tal como al menos lo entendemos en la actualidad- siempre el sentimiento

sería algo superpuesto. Extremando las ideas, desde nuestro punto de vista, un ordenador podría tener emociones, nunca sentimientos: la emoción se sobreañade en el humano como un circuito paralelo cuyos estímulos (aunque no únicamente) son los sentimientos.

Para hacer hincapié en las diferencias que desde nuestra perspectiva separan a la emoción del sentimiento estudiaremos en este trabajo sucesivamente la emoción en sus implicaciones con lo cognitivo y con lo corporal (tomando como referencia al tono muscular). Adelantaremos algunas propuestas que hemos desarrollado y continuaremos haciéndolo en las líneas que siguen:

- **El plano del contenido en el signo comporta, más allá de la intensión, una parcela relativamente estable que corresponde a la referencia particular de ese signo y una segunda fundamentalmente móvil que expresa la relación de la primera con el sujeto y que denominamos sentimiento (a no confundir con la connotación que relaciona signos entre sí).**
- El sentimiento no es heterogéneo a la semántica y por tanto no puede ser una carga o montante energético que circularía por las redes del lenguaje y del pensamiento.
- El sentimiento no es algo dado en el enunciado de una vez por todas, sino que más bien se manifiesta en la enunciación, sea como producción y emisión de un discurso o génesis de un pensamiento, sea como descodificación e inferencia de un producto (escucha, lectura). Según el modo de los conceptos de enunciación y de enunciado podríamos hablar de “sentimentación” y de “sentimentado”: el sentimiento sólo se halla en la “sentimentación”.
- **Como la enunciación desaparece al restringirse en el enunciado, el sentimiento propiamente dicho desaparece cuando no es el presente actualizado en el propio individuo que lo construye:** quien escucha el discurso tan sólo inferencialmente podrá aproximarse al sentimiento del hablante, quien piensa en pasados pensamientos únicamente de manera inferencial volverá a zambullirse en el agua pasada de aquellos sentimientos.
- **La emoción, a diferencia del sentimiento, es heterogénea al pensamiento (tomado preponderantemente como lenguaje interior). No obstante –secundariamente- la emoción se enlaza con la cognición en la unidad psíquico-emocional.**
- La emoción es reacción ante estímulos (siendo uno de primer rango el sentimiento). Esa reacción, como el tono muscular en el espectro sensorio-motor, está dirigida hacia el interior del individuo (preparándole para determinadas resoluciones y actuaciones al marcar la importancia de ciertos objetos o estados de los objetos) y hacia el exterior (tanto en el movimiento y gesto, como en la comunicación no verbal). Consecutivamente la emoción hunde sus raíces en la corporalidad.
- La emoción en lo “interior” se comporta de manera similar a como lo hace un hecho o un acontecimiento del mundo “exterior” al ser ella misma estímulo que debe ser elaborado psicológicamente (y por lo tanto haciéndose fuente –secundaria y recursivamente- de nuevos sentimientos).

2. COGNICIÓN Y EMOCIÓN

Ryle (8) distingue en la utilización del lenguaje habitual dos tipos de causas, en su ejemplo ya clásico afirma que se puede responder a la pregunta de por qué se ha roto un vaso de vidrio según dos respuestas: 1) porque golpearon el vaso y cayó al suelo, 2) porque el vidrio es frágil. El autor considera que mientras que en el primer caso se informa de un suceso o una causa, en el segundo se expresa una proposición semejante a una ley. Los llamados “motivos” en el origen de las emociones serán sobre todo del segundo tipo; el individuo, por una disposición especial, estaría inclinado a reaccionar de ciertos modos. Todo ello nos introduce en la clásica distinción entre la causa y el objeto de las emociones. El objeto, en este sentido, sería simplemente aquello con respecto a lo que se siente la emoción, pudiendo ser o no coincidente con la causa (que por otra parte puede ser interpretada erróneamente). La emoción según Solomon (9) es siempre intencional lo cual se traduce en que para cada caso hay un “es por...” referido no tanto a la causa como al objeto. Este último autor distingue la emoción del sentimiento (por la ausencia de “dirección” en este último). Esta bipolaridad parece asentarse en el punto de vista de Scheler (10) quien diferenciaba el “sentimiento de algo”, siempre intencional y de índole cognoscitiva (en cuanto se dirige hacia los valores), y el “estado de sentimiento” que toma carácter no intencional.

Si por ejemplo –siguiendo a Solomon (9, p.332)- estoy enojado con Juan porque ha tomado prestado mi coche sin contar conmigo, “el acto de Juan podría hacer que yo me enojara ‘por’ algo más, como por ejemplo, porque yo no he renovado mi seguro”. De igual modo sentirme atosigado por un compañero de trabajo que me sugiere algunas labores puede ser “causado” por su asociación sólida con un padre que me presionaba constantemente. Ahora bien, una interpretación adecuada de ambas situaciones y emociones (es decir, el reconocimiento de su supuesto “verdadero” motivo) no sería quien logre un alivio en el malestar, más bien –entendiendo la emoción (unidad psíquico-emocional diríamos nosotros) en parte como juicio- el reconocimiento de ese motivo (siempre según Solomon, 9) equivale a negar el juicio / emoción original (Juan que toma prestado mi coche o los comentarios de mi compañero de trabajo) y afirmar el juicio secundario (“no tengo los papeles en regla” o “ese compañero se asemeja para mí excesivamente a mi padre”).

Estudiando la intrincación de lo cognitivo y de lo afectivo en los procesos psicóticos, Jung (11) consideraba ya, en su teoría de los complejos, que grupos de sensaciones y de representaciones formaban unidades de elementos que comparaba con moléculas que a su vez se integraban formando grumos complejos; fue también la opinión de Bleuler (citado por Jung, 11, p.138) quien escribía: “probablemente no existe un proceso psíquico donde no participen cognición, sentimiento y voluntad, así se dé –casi siempre- el predominio de lo intelectual, lo afectivo o lo voluntario”.

Lazarus et alts. (12) se elevan a la vez contra la idea de la emoción como “drive” (mero empuje para el desarrollo de los procesos cognitivos) y contra la emoción como simple consecuencia de esos procesos. En estas variantes insiste también Ciompi (13, p.99) para quien los “afectos” no poseen únicamente funciones “motoras”, sino que también

se comportan como “llaves” o “puertas” y “tejido de conexión”. Nguyen (14) traduce las últimas particularidades en lo que denomina funciones organizadoras de las emociones. El propio Ciompi (13) sugiere que los afectos proporcionan dirección motivacional y connotaciones cualitativas específicas a lo cognitivo y a lo sensorimotor; además de su participación en el almacenamiento (memoria), las emociones conectarían los elementos cognitivos tanto sincrónica como diacrónicamente. Del mismo modo en que los contextos internos son capaces de alterar las características perceptivas, las emociones como “contextos internos” (Ruiz Vargas, 15, p.257) “lo que alteran fundamentalmente es el significado de las cosas (...), el valor connotativo de los eventos”.

Abe e Izard (16) sostienen más precisamente que las emociones estimulan avances cognitivos al menos por tres vías: 1) promoviendo interacciones sociales (por ejemplo en la relación madre / hijo), 2) reevaluando los comportamientos y expectativas (sería el caso de emociones como la vergüenza o la culpa), 3) sustentando representaciones cognitivas realizadas sobre los propios estados emocionales.

Calhoun (17) va a insistir en que lo cognitivo que entra en la emoción tiene que ver sobre todo con parcelas cognitivas poco definidas o al menos difuminadas. “Nuestra vida cognoscitiva no está limitada a creencias claras, plenamente conceptualizadas y articuladas. En vez de eso, las creencias constituyen sólo una pequeña porción iluminada de la vida. La porción más grande es un conjunto cognoscitivo más bien oscuro, una estructura inarticulada para interpretar nuestro mundo...” (Calhoun, 17, p.355). Adheridas a esos “oscuros conjuntos cognoscitivos” sería como nos encontramos a las emociones que nos hacen “ver el mundo como...”. “¿Qué podemos inferir de las emociones de una persona?” se pregunta la autora (p.359) para responder inmediatamente: “podemos inferir legítimamente que el mundo debe aparecer a sus ojos de cierta forma”.

Todas estas consideraciones nos llevan, para nuestros menesteres, a algunas reflexiones, señalaremos dos:

1. Las mutuas implicaciones enunciadas entre las emociones y las cogniciones no dejan en la mayoría de los casos de distinguir rotundamente ambos campos que siempre parecieran poder ser liberados uno del otro; es el caso también del éxito divulgador del concepto de “inteligencia emocional” (Coleman, 18), o, en otro extremo, de propuestas como la de Berrios (19) quien remarca que, tomando el ejemplo de la rabia, no ha habido argumentos en la literatura que impidan pensar en su surgimiento directo desde el sustrato neurofisiológico. Por otra parte una mente liberada de la semántica podría ejercer una pura acción cognitiva, es el caso de algunas teorías que toman como modelo absoluto al ordenador (Fodor, 20).
2. En muchas de las aproximaciones el dominio de lo afectivo aparece como un campo unificado en el que, en el fondo, las diferencias no serían sino cuantitativas. Emociones, sentimientos, pasiones, estados de ánimo serían según muchas concepciones términos más o menos homólogos con diferencias en la intensidad o en la concreción de los objetos a los que se dirigen los afectos.

En lo tocante al primer apartado recordaremos las dificultades señaladas por Lazarus et alts. (12) quienes escriben: “si la cognición y la emoción son entidades separadas e

independientes entre sí, es preciso establecer algún tipo de relación o vinculación entre ellas (p.260)”, vinculación extraña que para mantener tal distribución no podría ser ni cognitiva ni afectiva. En lo que corresponde al segundo apartado es posible preguntarse si la unificación general de lo afectivo tomado como clase no engloba elementos de entidades cualitativamente distintas.

3. DOLOR Y MAL

El dolor experiencia diferente a la emoción posee no obstante algunos puntos en común con ella: preponderancia de lo corporal, efervescencia de la sensibilidad, carácter íntimo de la experiencia, dificultad para su descripción verbal, conexión –al menos en un segundo momento- con un contexto..., por todo ello nos centraremos en las líneas que siguen en la experiencia dolorosa. Efectivamente vemos en la literatura sobre el tema dibujarse lo ya conocido para la emoción: su comportamiento complejo con respecto a la cognición que para los estudiosos del dolor se presenta más directamente ligada al lenguaje verbal.

G. Strawson (21) concede al dolor un estatus original y previo al lenguaje, así, escribe: “la palabra ‘dolor’ es una palabra para una cierta clase de sensaciones displacenteras consideradas con total independencia de cualquiera de sus causas o efectos conductuales, o de otro tipo, observables públicamente (p.263)”. Este punto de vista es claramente rechazado por la filosofía wittgensteiniana que afirma: “yo no me quejo porque tengo una sensación de dolor, ni siquiera porque sienta dolor, sino porque me duele”. (Rodríguez, 22, p.60); el dolor, la sensación en general se inscribiría para Wittgenstein (23), según los juegos del lenguaje, en un movimiento donde las propias sensaciones internas no poseerían una vida independiente de los criterios externos.

En una orientación que podemos calificar de mixta, Bajtin (24) prácticamente hace coincidentes la sensación y el lenguaje: “Incluso cuando surge en nosotros una sensación puramente fisiológica (...), para ‘sentir’ esta sensación, para volverla consciente, debemos necesariamente expresarla de algún modo dentro de nosotros, incorporarla al material del lenguaje interior (p.233)”. En un sentido similar podría postularse el punto de vista de Levi-Strauss (25) cuando pone en la posibilidad de utilizar el lenguaje la “eficacia simbólica” de las curas chamánicas (y del psicoanálisis); el lenguaje verbal permitiría según el último autor (p.218) “vivir bajo una forma ordenada e inteligible una experiencia actual, sin ello anárquica e inefable...”

El dolor es también para Searle (26) un “algo” que sucede y que debe de ser elaborado e integrado en el psiquismo y en ese sentido se comportará como la emoción. Según Searle (26, p.106), “las experiencias de sentir dolor son idénticas al dolor, mientras que la experiencia de ver una puesta de sol no es idéntica a una puesta de sol”. El dolor, en este sentido, se consume en sí mismo; bien es cierto que puedo hablar, pensar, sobre él,

pero mi experiencia del dolor es diferente a la puesta en palabras o incluso a “mi verbalización del mismo por la razón de que lo tengo (p.156)”.

La verbalización cruza y tiñe la experiencia del dolor, pero no se confunde con ella: Preguntarse qué es el dolor no se solapa punto por punto con cuestionarse sobre lo que significa la palabra dolor (Strawson, 21, p.235). La verbalización en tanto públicamente observable no cubre el todo de la experiencia privada (aunque “también compartimos los humanos –dice el último autor (p.262)- la realidad de esa experiencia”), no obstante ello no supone que el dolor no sea –como cualquier tipo de experiencia- elaborable cognitivamente y tratada por el lenguaje: lo público del lenguaje verbal permite pensar y hablar de las experiencias (“inefables”) porque el sistema verbal está constituido de manera tal que puede asumir sus previos. **Por otra parte pensamos siguiendo a Sperber y Wilson (27) que no debe de confundirse verbalización con elaboración psíquica mediante el lenguaje.**

¿Se trata en el dolor de la parturienta, en el ejemplo de Levi-Strauss (25), de una experiencia inefable, o de una narración específica que conlleva trastornos?, ¿la solución (chamánica) mediante el lenguaje verbal no trata de abandonar la vieja narración buscando una nueva?.

Llegado este momento distinguiremos, siguiendo con cierta libertad a Sartre (28), el dolor, el mal y la enfermedad: 1) el dolor se presenta como una sensación perteneciente a la conciencia irreflexiva; “el dolor de estómago es el estómago mismo en tanto que vivido dolorosamente (p.405)”, y no se encuentra localizado en un cuerpo-objeto. 2) El mal aparece cuando se intenta captar un dolor mediante la conciencia reflexiva; “el movimiento primero de la reflexión” busca “trascender la cualidad consciencial privada del dolor hacia un objeto dolor (...), este objeto psíquico aprehendido a través del dolor es el mal (p.384)”. Este último trasciende a la conciencia y es distinto al cuerpo (animismo). El mal, según Sartre (28, p.386), no es la causa del dolor sino que “se desvela como la unidad de todos los dolores del mismo tipo”. 3) **La enfermedad es el mal apuntado en tanto ser-para-otro, “me conduzco en relación a la enfermedad como con respecto a un objeto que por principio está fuera de alcance, del que los otros son los depositarios” (p.406). Dejando en suspenso el lugar que ocupa el puro dolor (como cruda sensación), desde nuestra perspectiva, tanto el mal (suma de dolores y pausas, significativas y “melódicas”) como la enfermedad son elaboraciones del lenguaje verbal. Del dolor y del mal poseemos certeza, de la enfermedad verosimilitud, sin embargo –en ocasiones- la enfermedad (hipocondríaca por ejemplo) suma a ella el mal como construcción desarrollada a partir del sufrimiento en un movimiento que nos lleva a la enfermedad-vivencia (Zuazo, 29).**

4. DOLOR. AFECCIONES Y NARRACIONES

Realizando un paralelo con el tema que tratamos, (la emoción y el sentimiento), el dolor se aproxima a la emoción en su carácter irruptivo y extraño a la elaboración psicológica del lenguaje verbal; el sentimiento es ya –como el mal y la enfermedad- producto de esa elaboración. El propio Levi-Strauss (25) escribe también: “la relación entre microbio y enfermedad es exterior al espíritu del paciente, es una relación de causa a efecto; mientras que la relación entre monstruo y enfermedad es interior al mismo espíritu consciente o inconsciente; en una relación de símbolo a cosa simbolizada...” (p.218). Añadiríamos nosotros que cuando el microbio es microbio y la enfermedad enfermedad estamos en la elaboración del signo (en su sentido restrictivo), sin embargo cuando el microbio y la enfermedad vienen cargados en el plano del contenido de significados opuestos estamos en el dominio de la elaboración por el símbolo (Zuazo, 30).

En resumen, estamos sugiriendo que: **1) el dolor es una sensación que da muy poco juego ya que muy pronto 2) es elaborado por el lenguaje sea como mal, sea como enfermedad; 3) esa elaboración será atribución del signo o del símbolo según la intensidad del conflicto aludido por la experiencia dolorosa.** De pronto siento un dolor, o tacto una rugosidad en mi piel, la sensación ocupa el instante de mi experiencia; pero no lo llena todo, la cognición (“verbal”) entra en liza, también –y siempre- hay una experiencia de la comprensión, del sentido que toma la sensación. Situémonos en la hipocondría; la atmósfera hipocondríaca puede entenderse como un juego de salón en el que la regla inicial es: “Tiene que haber algo muy malo en mi cuerpo, un grave padecimiento”. Después, el juego transcurre según el modo: “si tengo algo muy malo y siento un dolor (o tacto una rugosidad), un cáncer me ataca...” Parece evidente afirmar que, en nuestro ejemplo, el juego de salón es una disposición, ¿acaso una propensión a un modo de experiencia por la vía de la asignación –automática- de sentido?. Pero aún hay más, si “tiene que haber algo muy malo en mi cuerpo” y no tengo sensaciones particulares, las busco: “escucho mis órganos...” De este modo habremos de distinguir un –al menos- doble efecto de la disposición: 1) como cognición que se añade a una determinada sensación, 2) como metafórica esponja cualitativa que nos empuja a absorber estímulos específicos haciéndonos percibir sensaciones que de otro modo serían silenciosas.

Al fin y al cabo este cúmulo de sucesos confirma el punto de vista de Bateson que en comentario de White y Epston (31), no sólo sostuvo que la interpretación de un evento está determinado por su contexto receptor sino también que aquellos acontecimientos que no pueden ‘pautarse’ no son seleccionados para la supervivencia” (p.20). White y Epston (31) se sitúan en una corriente que ve en el relato (autonarración) la determinación del sentido que se proporcionará a la experiencia. Los autores (p.28) aportan un trabajo de E. Bruner con indígenas americanos. “En las décadas de los 30 y 40, el relato dominante (...) interpretaba el pasado como glorioso y el futuro como asimilación (...). En la década de los 50 surgió un nuevo relato, que explicaba el pasado como explotación y el futuro como resurgimiento”. En la primera época la interpretación de los sucesos cotidianos correspondía a procesos de desorganización, en

la segunda los mismos hechos se interpretaban como resistencia; los propios indígenas parecían justificar según el primer relato las intervenciones y apropiaciones de territorios, mientras que la segunda interpretación les llevó a organizarse en la defensa de sus tierras. El dolor se hace mal y enfermedad según aparentes inferencias surgidas a partir de mundos y mi-mismos posibles actuales que funcionan como axiomas y que como muestra la psicopatología pueden generar –incluso- de modo recursivo nuevos dolores o, con más propiedad, nuevos males / enfermedades.

Desde nuestro punto de vista la versión narrativa lo que hace es incidir en el campo de la elaboración psíquica (a través del sistema de la lengua), en el terreno de los aconteceres, de los “algos” presentes en el contexto donde ha de desplegarse el psiquismo: el dolor es un “algo”, la emoción también, y propondremos aquí que del mismo modo como a través de esa elaboración el dolor se hace mal y enfermedad, la emoción se trastoca en sentimiento. **Sin embargo así como no todos los juegos de salón son posibles (incluso parece darse cierta monotonía repetitiva en ellos), no todo es elaborable –ni siquiera por el símbolo (Zuazo, 30)-, dicho de otro modo: hay dolores y emociones “inefables”, incluso habrá de admitirse que, al no poder ser nunca la elaboración completa, siempre habría –cualquiera sea la emoción- una dosis de oscuridad o de vacío.** Por otra parte el dolor que se hace mal, o la emoción que se hace sentimiento, funcionan como estímulos para el movimiento de elaboración, pero ese cambio se sustenta en anticipaciones que tienen como origen el mundo posible actual coconstruido en la interacción con el medio.

5. EMOCIÓN Y TONO MUSCULAR

El gesto se adapta a la cosa, asunto particularmente evidente con el uso del utensilio pero no menos cierto para cualquier otro gesto. Lo cinético de ese gesto se desplaza fuera de la corporalidad: me dirijo a través de la cinética hacia la cosa, lo tónico en cambio se orienta hacia dentro: me dirijo a través del tono hacia el cuerpo, pero hacia un cuerpo que enfoca a la cosa. La cosa, a través del movimiento es tocada, movida y variada, y a la vez toca al cuerpo, lo mueve y lo varía. **El tono es la cosa contenida, la marca del objeto en el cuerpo, pero sobre todo es contenido relacional, señal de la relación del cuerpo, del sujeto, con la cosa, con el objeto.**

La pieza del puzzle, mira al conjunto y se dice: “¿qué puede haber de más perfecto, sino más bello, de mejor conjuntado?”... ¿y cómo no habría de ser suya tal opinión si pertenece como pieza a él?. La estrategia de la totalidad es una: que la pieza piense que sus formas son propias y, aún más, que son queridas y construidas por la propia pieza. Sin embargo el puzzle se construye como totalidad (“es” un puzzle) porque es recortado en piezas, lo cual significa: 1) que no hay puzzle hasta que es recortada la totalidad, 2)

que cada pieza nace en el recorte. Es decir: no hay totalidad-puzzle sino porque hay piezas, y una pieza no aparece a la búsqueda de un algo donde encajar sino con el nacimiento del puzzle.

En su simpleza, el significado es la pieza capaz de ser tomada como referencia de las que le rodean al presentarse como copia de ellas (así sea su negativo), reproduce las idas y venidas, las quebradas y los semicírculos de su alrededor. Pero además por sus formas se relaciona con las otras, por el enclaustramiento, o sincronía, ajusta con las otras piezas: se hace referencia y, simultáneamente, relaciona sus formas con sus vecinas.

En el puzzle referencia y relación son estrictamente hablando lo mismo, la relación es la referencia y la referencia es la relación. En el caso del gesto relación y referencia se distancian con el desdoblamiento del movimiento en cinético y tónico: la mano dibuja el negativo del utensilio, lo copia, y el tono preparatorio y sobre todo sostenedor del movimiento expresa la íntima relación corporal con ese utensilio.

Mediante el tono, de manera mediata a través de la acomodación al movimiento clónico / cinético, actúo sobre el objeto; a la vez, de forma inmediata, recibo por la acomodación el influjo de ese objeto. **Conviene pues distinguir dos direcciones simultáneas de la acomodación tónica: 1) acomodación tónica al movimiento que va a realizarse, 2) acomodación tónica al objeto que solicita o es solicitado por la intención y el movimiento. Es también el caso de la emoción que prepara y acompaña la acción sobre el mundo y a la vez acomoda el individuo a ese mundo; el resultado de esta acomodación funda a través de la imitación postural y emocional la copia del mundo o, más precisamente, la introyección de algunas características del objeto.**

Es dado en convenir que la emoción toma su importancia –incluso de supervivencia- en las relaciones con los otros y, también, que se solapa con los gestos realizados. El gesto y la palabra tienen, siguiendo a Wallon (32, p.237), una doble orientación: “provocar una modificación del mundo exterior suscitando en él una acción; hacer repercutir en sí al mundo exterior por una especie de mimetismo plástico”. Esa dirección del gesto sobre uno mismo es su dimensión postural como actividad plástica asentada en el tono y como origen de la imitación. La función postural se encuentra ligada en su origen a la actividad motora y sensorial en tanto actividad de sostén y de preparación del movimiento clónico o cinético. De este modo se convierte en unificadora de nuestras actividades y, según Wallon (32), “da al sujeto mismo el sentimiento de su coherencia actual y de su unidad realizadora. Es la primera forma de la conciencia subjetiva (p.233)”. Así pues, las emociones desde el punto de vista walloniano se asientan en el tono y por tanto en la sensibilidad y en la motilidad protopáticas. Emoción y tono están marcados por lo social y lo contagioso, y son en los primeros tiempos de la vida modulados por el reflejo condicional. “La imitación al otro –escribe Ajuriaguerra (33, p.145)- puede ser vista bajo el ángulo de una verdadera impregnación postural y la relación tónica no es sino la experiencia del cuerpo”.

Tras el desdoblamiento representativo y la adquisición del lenguaje verbal tono y emoción siguen cumpliendo sus funciones en un mundo afectivo que se ve completado sustancialmente por el sentimiento. El tono y la emoción aún sin seguir totalmente las propuestas de Wallon (34) sí tienen en común su carácter plástico en cuanto

moduladores del individuo, en ambos casos la corporalidad se modifica tomando formas de tensión (“hiper / hipo”) e informando –y siendo informadas- por la totalidad del psiquismo. En resumen: tono y emoción lanzan el individuo al mundo y a la vez contribuyen a dibujar las características de ese individuo en la relación con el mundo. El sentimiento sigue evolutivamente a la emoción y a la vez se distancia: “En lo opuesto de las emociones están los sujetos en los que toda incitación externa o íntima evoca instantáneamente imágenes o reflexiones (...) En la medida en que el sentimiento se nutre de imágenes, se opone a la emotividad” (Wallon, 34, p.124). El sentimiento imita, copia, introyecta el objeto, precisamente, en su parcela relacionada con el sujeto. A la vez el sentimiento –como ideativo-afectivo- se acopla con la parcela del contenido (ideativo) más específico del objeto. Ese significado ideativo-afectivo o sentimiento que modula al sujeto según el objeto también se dirige “hacia el exterior” como compañero del significado ideativo dándole valor por su significación de anhelo.

6. EMOCIÓN Y SENTIMIENTO

Hemos distinguido las emociones de los sentimientos, no obstante tales emociones son, en su contemporaneidad con los sentimientos, manifestaciones afectivas y somáticas sucesoras de las emociones primitivas:

- **Las emociones primitivas son fruto del inmediato diálogo somático ambiental consecuencia del desarrollo-maduración del individuo previo a la adquisición del lenguaje verbal.**
- **Las emociones propiamente dichas constituyen la prolongación de las emociones primitivas según las posibilidades proporcionadas primero por el condicionamiento y luego por el lenguaje verbal.**

El carácter meramente reflejo de las emociones primitivas se hace, con la introducción del espacio psíquico ligado al desdoblamiento que permite el plano de la expresión y del contenido del lenguaje verbal, reacción mediata emocional (salvo en el caso persistente de estímulos extraordinarios).

En la emoción primitiva el evento estimulante se confunde con la reacción, el individuo siente y actúa en un sentir indiferenciado con respecto al acontecimiento del mundo y a su propio cuerpo, no distinguiendo -aunque ejecutándolos- los componentes tónicos y cinéticos.

En la emoción propiamente dicha (contemporánea del sentimiento) el evento, lo que produce y la acción (mimo gestual), manteniendo la dominante unicidad, toman alguna distancia precisamente por que el “produce” se hace “me produce”. La introducción del “me” indica el

desdoblamiento representativo, pero sobre todo, a través de la íntima presencia del objeto en la propia estructura psicológica, enriquece a la emoción –también a sus estímulos- mediante la relación con el otro. El desarrollo-maduración diversifica el evento, inserta el “me” en lo que genera, y propugna acciones diseñadas, planificadas, anticipadas. El lenguaje verbal ha de asumir necesariamente sus previos, en este caso las emociones primitivas e incipientes, haciendo de ellas emociones propiamente dichas. Pero todo ello no simplemente desde fuera permitiendo que la consciencia apoye los quehaceres cognitivos instrumentales, sino en su propia intimidad, en su organización y estructura, permitiendo que se asiente el sentimiento.

El conjunto psíquico-emocional, verdadero esquema funcional, se empareja sólidamente –aunque sea a posteriori en el reflejo emocional- con lo discursivo-sentimental tanto por la vía del estímulo como por los caminos de lo que (me) produce y de las acciones.

Significado relacional y quale pueden sincronizarse en el sentimiento porque se da una codificación de los qualia que ya precede al lenguaje verbal; tras ella los qualia emocionales primitivos se diversifican en los qualia emocionales propiamente dichos (qualia sentimentales).

El quale, se define por su tonalidad afectiva y, dado que yo soy el único afectado por mi quale, su codificación se centrará en mis sentires particulares (así como en su repetida y persistente expresión somática). Sin embargo, aunque el quale no es representativo –lo que significa que no puede ocultarse o “reprimirse”- sí expresa mi afectación y por lo tanto puede emparejarse, y lo hace: 1) en lo inmediato con las variaciones organizativas de mi estructura psicológica y sistema de relaciones objetales, y 2) en lo mediato con los acontecimientos u objetos del mundo correlacionados con esas variaciones.

Entre el quale de la emoción primitiva, el quale de la emoción propiamente dicha, y el quale sentimental hay ruptura, ligada al desarrollo y maduración psicológicos y somáticos, pero también continuidad: los qualia son determinados “sentires” con también determinadas “tonalidades” que en su diversificación mantienen la constancia en los tipos (paralelos a las diversas clasificaciones de las emociones).

Hay, no obstante una disimetría entre la emoción y el sentimiento. Los sentires del quale se encuentran sincronizados en la unidad discursivo-sentimental con el significado relacional del plano del contenido en el lenguaje verbal. En lo tocante a la emoción el quale se manifiesta ante estímulos primero incondicionales y luego también, condicionales. Esos movimientos reflejos contextualizan la emoción según los estímulos y su efecto en la estructuración perceptiva y psicológica del individuo:

- **En el emparejamiento del quale y del contexto emocional se da sobre todo una relación de causa-efecto.** El quale emocional y su contexto cognitivo podrían marchar cada uno por su camino ya que se trata de un enlace fundamentalmente asociativo (unidad psíquico-emocional).
- **En la pareja significado relacional / quale, conjunto que forma el sentimiento, se da sincronía.** El quale sentimental y el significado relacional se llaman necesariamente uno al otro salvo en situaciones disociativas anómalas.

Las emociones se conocen o reconocen como se conoce y reconoce el mundo exterior, la realidad. A partir de los estímulos externos el individuo construye un mundo posible actual según lo que podemos aceptar como propiedades relacionales (o propiedades que se definen por el solapamiento del mundo real y de las estructuras perceptivas y cognitivas en general). Ese mundo posible actual forma un sistema que se comporta como totalidad evidente para el individuo que subjetivamente lo capta y lo entiende sin posible discusión (Wittgenstein, 35). Desde esa perspectiva se comporta como un hecho (Russell, 36) o un convenio que no puede ser ni verdad ni mentira, simplemente “es” (sin olvidar que puede y ha de ser consensuado con el resto de individuos de la sociedad en cuestión).

Las emociones sentidas y –en un movimiento así sea casi instantáneo- a posteriori conocidas / pensadas son estímulos internos que contribuyen a sostener el mundo posible actual pero también un si mismo posible actual entendido como núcleo general de la autorreferencia íntimamente ligado al mundo posible actual. **Sugerimos que un particular atributo del mundo posible actual es su condición de que me “aparece” con la evidencia de lo que “es así”. Otro tanto diremos para el mi mismo posible actual: él es como me aparezco. De hecho los “me parece que...” sobre el mundo y sobre mí han de ser de algún modo justificables o inferibles a partir de los “me aparece que...”.**

La emoción permanece –a pesar del desarrollo cognitivo- anclada en la corporalidad; como escribe Ajuriaguerra (37) “los esquemas afectivos reposan en mecanismos sensitivo-motores y sensitivo-visceral que deben ser siempre actualizados. No se liberan nunca completamente de las reacciones tónicas y posturales...” (p.394). La emoción se siente “dentro” y se ve “fuera”; es, pensamos, en este sentido en que puede afirmarse que la emoción se muestra y el sentimiento se dice. Sin embargo, así sea a posteriori, sobre la unidad psíquica de la que forma parte la emoción podemos hablar y pensar aún ignorando o equivocándonos sobre sus causas. Las emociones son variadas según algunas especificidades, por ejemplo mímicas o gestuales, pero sobre todo por su compañía sólidamente enlazada con lo cognitivo. La emoción nos engarza con un pasado biológico que va más allá de nuestra propia especie. Por otra parte, si la emoción nos sitúa en nuestra integración con el contexto externo, dada la organización psíquica humana, también –o sobre todo- se trastoca ella misma según dos funciones: 1) por una parte actúa como señal (efecto reflejo) del mundo externo (que en gran medida es en cada momento el mundo posible actual), de ello que 2) por la otra ejerza también una funcionalidad esta vez dirigida hacia el propio psiquismo humano en su solapamiento con el mundo externo. Así pues la emoción, como reflejo, se integra en un contexto “interno”, que de hecho es doble, al menos, según los polos de: 1) las características estructurales y organizativas del sistema de relaciones objetales que van a darnos lo que hemos denominado “mi mismo posible actual”, y 2) las particularidades idiosincrásicas del mundo posible actual. La emoción se hace específica (en el sentido de la existencia de tipos de emociones) por su situación en ese contexto. **Toda emoción posee casi desde su inicio –pero siempre a posteriori- una posición cognitiva que la enlaza con la ideación y la significación. Además, de manera recursiva por su integración en el bucle emoción / sentimiento –en un segundo momento- se ata también con lo ideativo del sentimiento.**

7. CLASIFICACION DE LAS EMOCIONES

Clasificar las emociones es tarea repetida por un sin número de autores; en cualquier caso parecen reflejar estas clasificaciones –a pesar de los múltiples solapamientos- los modelos previos en los que se desenvuelve cada autor. Como afirma Plutchnik (38, p.111) podemos utilizar en la taxonomía emocional varios lenguajes: uno subjetivo (por ejemplo “miedo”), uno funcional (“protección” del sujeto en nuestro ejemplo), y un lenguaje conductual (“retirarse”). Podemos también, en un plano más general, distinguir las emociones según tres caminos: 1) el de su origen, 2) el de la cualidad de lo sentido y 3) el de la presencia, la ausencia o las características del objeto de cada emoción. Además habremos de tener en cuenta la proporcionalidad o congruencia de la emoción con su origen y objeto (tanto desde la perspectiva del sujeto como desde la del observador).

La cualidad de lo sentido, de índole subjetiva, aunque puede difuminarse en lo que toca a otras variables implicadas, nos ofrece repetición y monotonía: las emociones “puras” son pocas y, como tales sensaciones, consensuales con el resto de humanos. Según el origen, causa o motivación de las emociones dejaremos un campo abierto a la posibilidad de la pura emoción refleja siguiendo un circuito predominantemente amigdalino sin pasaje cortico-frontal (LeDoux, 39). No obstante, como hemos señalado, muy pronto las emociones se hacen condicionales (Wallon, 32) al inscribirse en el marco de lo social. Cuando el origen se encuentra en un estímulo relacional, el pensamiento como “lenguaje interior” comporta un sentimiento que desencadena la emoción correspondiente. La relación en lo que respecta a la distancia oportuna es un terreno para el que son especialmente pertinentes las emociones. Los anhelos concedidos o rechazados en la interacción del sujeto con sus objetos y los conflictos inherentes a la simultaneidad de la unión y de la separación en la búsqueda de la distancia oportuna (Zuazo, 40) verán a lo largo de la maduración-desarrollo diversificar las formas de los anhelos y de los tipos de objetos. Si la necesidad o los apetitos poseen objetos específicos no es menos cierto que en el desarrollo pueden producirse interferencias por su contaminación con las demandas de amor y de reconocimiento. Los pocos objetos de la necesidad y de la demanda se diversifican –con el lenguaje verbal- en la multitud de posibles objetos del deseo (Lacan, 41).

Dahl (2, p.257), siguiendo a De Rivera, clasifica algunas emociones según tres dimensiones: sujeto-objeto, atracción-rechazo y extensor-contractor (“a o hacia” – “de o desde”). El autor pone en conexión estos tres aspectos con las polaridades freudianas: “sujeto (yo)-objeto (mundo exterior)”, “placer-displacer”, “actividad-pasividad”. De esta forma distingue dos grupos diferentes de emociones. En las emociones “IT”, de una manera similar a lo que sucede en los apetitos, existiría un objeto consumatorio (o equivalente simbólico) explícito, mientras que en las emociones “ME” el propio sujeto sería el objeto de la emoción. De este modo, las primeras serían de tipo “apetitivo”, mientras que las segundas “parecen tener la función específica de sistemas de ‘feedback’ informativo (...) monitores de cómo van las cosas” (p.257). Esta dualidad se expresa en que las emociones “ME” se presentan como mensajes sobre las emociones “apetitivas”.

Como veremos en el cuadro siguiente, las emociones –clasificadas por Dahl (2, p.255) desde su teoría- pueden ser distribuidas en el campo del “IT” según los polos de la Unión /Separación de las relaciones entre el sujeto y el objeto:

EMOCIONES	UNION	SEPARACION
“IT” presencia de objeto	Atracción activa (hacia el objeto).	Rechazo activo (hacia...).
	“Tocarlo y cogerlo”, (amoroso).	“Deshacerse de ello”, (enojado).
	Atracción pasiva (desde el objeto).	Rechazo pasivo (desde...).
	Explorarlo”, (sorprendido).	“Escapar de ello”, (asustado).

En las emociones “ME”, donde el objeto es el propio sujeto, la emoción se comportaría como mensaje de cómo marchan o han marchado los acontecimientos (que como tales son estímulo directo para las emociones “IT”):

EMOCIONES	SENSACIÓN AGRADABLE	SENSACIÓN DESAGRADABLE
“ME” objeto: el propio sujeto	Yo positivo activo.	Negativo activo.
	“Misión va bien”, (enérgico).	“Misión no va bien”, (ansioso).
	Yo positivo pasivo.	Negativo pasivo.
	“Misión cumplida”, (alegre).	“Misión fracasada”, (deprimido).

La ordenación de las emociones “IT”, orientada también según la búsqueda de la distancia oportuna, traza distinciones –según nuestra terminología- también en el orden de los sentimientos: el enojo o rabia, el miedo, la sorpresa y el amor son tipos de emociones que se engarzan como tipos de quales con contenidos semánticos uno de cuyos componentes esenciales es el significado en su componente relacional. Mientras que las emociones “IT” se instalan en la relación del sujeto con los objetos (cuentan pues con un objeto), las emociones “ME” se orientan hacia una situación, siendo en cierto modo “metaemociones” (Castilla del Pino, 5). Este aspecto anobjetal inmediato les da especificidades que en cierto modo las coloca en el campo de los estados de ánimo.

8. SENTIMIENTOS Y VALORES

La emoción y el sentimiento tienen en común el que ambos nacen de la relación de un objeto o un evento (como estado de un objeto) con el sujeto. Sin embargo, mientras que la emoción es un acontecimiento

que se superpone a una percepción (que incumbe directamente al sujeto) o a una significación (como producto de la relación significante / significado), el sentimiento –en el sentido que aquí le damos- nace de la íntima relación del quale respectivo y del significado. El sentimiento pasa por lo semántico de la enunciación, si hay sentimiento él aparece en la relación del plano del contenido con el sujeto que lo enuncia; después se pierde en el plano del enunciado como tal sentimiento salvo para aquel interlocutor que escuchando pueda reconstruirlo con más o menos similitud según sus propias disposiciones.

Una frase como “esta mañana he comido una manzana”, así, entrecorrida y navegando sola, simplemente no existe en la vida, no se da sino en el ámbito de unos “me ha gustado, era dulce, la compré, me la dio Ana, era redonda, ‘carnal’, enjuta, era parte de mi régimen...”. Incluso la selección de tal frase se encadena en la experiencia del seleccionador lógico supuestamente aséptico. Y es que en el discurso, en la palabra, las frases no son el mapa; son un territorio que se abre en el plano del significado, en la semántica. Para la semiótica connotativa de Barthes (42) habría dos sistemas donde el primero –en su totalidad como significante y significado- se convierte en el plano de la expresión del segundo. Lo que pretendemos introducir aquí es que, en el flujo vivo de la palabra y del pensamiento, las denotaciones y también ciertas connotaciones (las relativas a la relación del sujeto con lo denotado) forman parte intrínseca del contenido incluso del primer sistema. Entre el enunciado y la enunciación, como entre el acto y la acción, se da la misma relación que entre el participio y el gerundio: el sentimiento se encuentra instalado en ese gerundio que es la semántica viva, producida en la enunciación o revisitada en la escucha y la comprensión. En este marco no haremos sino recordar que el yo como sujeto de la enunciación es una muchedumbre (Zuazo, 43).

Como afirma Eco (44) es lo propio de los códigos verdaderos (a diferencia de los unidimensionales o “s-códigos”) sumar correlación e interpretación; entre significante y significado la correlación “no se perfila en forma de simple equivalencia, sino de inferencia” (p.78). También es la opinión de Sperber y Wilson (27) para quienes todo proceso de comprensión del lenguaje verbal exige dos obligatorios pasos: el de la descodificación a través de la intensión, y el de la inferencia. Para la aproximación del sentimiento que estamos realizando, mientras que la descodificación y el proceso de entrada en la memoria enciclopédica sería común para los hablantes de una lengua, el carácter, la ordenación de esa memoria sería cultural (grupos y subgrupos de una sociedad) y también idiosincrásico según la biografía de cada hablante. La inferencia nos llevaría así al campo denotativo u “observacional” (Castilla del Pino, 5) pero también a lo connotativo (en tanto relación de lo puramente denotativo con el sujeto). Ya en el nivel del signo, y cuánto más en el de la frase, se crea un contexto inmediato y automático que conlleva lo “estimativo” en términos del último autor.

Todo contenido del pensamiento cognitivo y verbal que tenga que ver conmigo, (en el que yo aparezca inmediata o mediatamente) está dotado de sentimiento. Pensamos que es justamente esa referencia (autorreferencia) a uno mismo quien –siguiendo las mismas vías de la memoria episódica (Tulving, 45)- viene marcada por el sentimiento. Para lo que tratamos nos interesa la memoria no tanto en el plano del “saber”/ “conocer” como en el del “rememorar”. En situación normal, lo que sé o creo que sé a través de la memoria a la vez lo rememoro; puedo dar la impresión de

que únicamente sé o creo, pero solo es tal: una impresión. Siempre rememoro aún cuando la patología neurológica puede disociar –como así lo parece (Ruiz Vargas, 15)- ese saber / conocer y la rememoración. El plano del contenido (significado) contaría con partes que aunque ligadas se encuentran diferenciadas: una correspondiente a la extensión particular del plano del contenido en cuestión, la otra relativa a la relación de esa extensión con el sujeto. De este modo el sentimiento no sería algo sobreañadido sino implícito según el modo del rasgo diferenciado por la forma de acercamiento al tema.

Tal distribución tiene también que ver con los procesos de valoración que en el fondo no son sino la manera como siento que lo dicho, lo pensado, lo elaborado cognitivamente se implica conmigo. Pero, insistimos, desde este punto de vista, no se trataría de una valoración externa a la frase enunciada o pensada sino “interna” (en el sentido de que el propio plano del contenido comprende una zona valorativa y sentimental). Situamos aquí el valor en una acepción próxima a la del sentido (entendido como significado concreto que toma un signo emplazado en un contexto particular). Lyons (46, p.371) define el sentido en oposición a la referencia como “el conjunto de relaciones semánticas que existe entre un signo y los otros de la lengua”. El valor, en general orientado hacia lo bueno, lo verdadero y lo bello, expresa lo deseable y lo “deleitante” (Morfaux, 47). Es valorado por el sujeto aquello que en un contexto determinado corresponde a un anhelo particular y por lo tanto hace que el objeto anhelado se distinga del resto de objetos de un mundo posible comprendido como sistema.

El valor se dibuja como un encuentro entre un anhelo (es decir, también una anticipación) y una posibilidad ofrecida por un mundo posible. “El sentimiento –escribía Scheler, citado por Solomon (9)- originalmente persigue su propio tipo de objetos, que son valores” (p.240); para el primer autor el sentimiento sería el modo particular de cognición que nos permitiría captar e intuir los valores. Esta asociación entre la emoción / sentimiento y el valor es sostenida por un sin número de estudiosos del tema que ven en la emoción un “marcaje” (Morgado, 48) sin cuyo recurso “el panorama decisivo sería mucho más neutro y la solitaria y fría lógica podría resultar insuficiente para discernir las conveniencias presentes y futuras” (p.44). Tal como lo entendemos nosotros, el valor ciertamente es –también- una atribución cognitiva consecuencia de nuestra captación / anticipación del objeto pero con una característica importante: el significado (“objetivo”) de ese objeto es solapado no como algo sobreañadido sino en su intimidad por una parcela de significado (“subjetivo”) que lo hace más o menos estimable para el sujeto de la enunciación. Sentimiento y valor son rasgos de una misma unidad. **Comprender la palabra del otro o seguir los meandros del pensamiento son asuntos que comportan la certeza del “es así”, certeza que es experiencial y autorreferente, y cuya alteración no es un error sino una “anomalía” (Wittgenstein, 35). Lo que a veces se olvida es que esa certeza, también en su caso la verosimilitud, son cualitativas y caen de pleno derecho en el dominio del valor. Pero no es el único registro axiológico y afectivo en la inmediatez del pensamiento y del habla: siempre –con mayor o menor vigor según los casos- el sentimiento como autorreferencia de lo denotado está presente.**

9. NOTAS FINALES

La emoción, completado el desarrollo-maduración, se sobreañade al sentimiento; no es que un determinado sentimiento aumente en intensidad tornándose en emoción, sino que por sus características una determinada relación entre el sujeto y el mundo (objeto / estado del objeto), que comporta intrínsecamente un juego de sentimientos, es subrayada intrínsecamente por la emoción. **Mientras que el sentimiento inmerso en la semántica es atribución en una medida fundamental del lenguaje verbal, la emoción se sobreañade.** Desde el punto de vista de la bipolaridad cerebro / mente no habría de extrañar que entre sentimiento y emoción hubiera las disimetrías correspondientes al carácter “extrínseco” señalado en la emoción.

En el estudio de la emoción y del sentimiento hemos distinguido dos diferentes ámbitos:

- **La unidad psíquico-emocional que es el elemento molecular de base en el que transcurre la emoción; se presenta como una unidad que integra a la emoción (con su vertiente somática) en su contexto (formado por el mundo posible actual y el mi mismo posible actual).** La unidad psíquico-emocional no puede habitualmente ser desmembrada, sus rasgos diferenciados son negocio fundamental del observador. Si con libertades, utilizamos la metáfora de un trozo musical elemental escuchado en un aparato eléctrico, volumen, notas articuladas y tono forman una unidad aún cuando podamos incidir separadamente con más o menos acierto sobre cada una de las partes: sólo habrá trozo musical en la combinación que nunca podrá anular uno de los elementos atómicos.
- **La unidad discursivo-sentimental se inserta en la palabra, incluyendo al pensamiento como su versión de “lenguaje interior” (Vygotsky, 49), que comporta inseparablemente un plano signifiante de la expresión y un plano del contenido.** El enunciado no es sino un instante fijado arbitrariamente en el fluir de la enunciación que engarza los aspectos ideo-afectivos (sentimientos) según las asociaciones y también según las inferencias.

El sentimiento pertenece de pleno derecho a la experiencia y es un asunto también semántico:

- En tanto experiencia, el sentimiento es actualización. Cualquiera que sean las disposiciones o “inclinaciones” (Ryle, 8), el sentimiento implica la vivencia en el presente. Las disposiciones como motivaciones o posibilidades cognitivas permanecen mudas si no se actualizan en el pensamiento o en la palabra donde sentimiento y cognición forman un todo. **Experimentar algo es actualizarlo, lo experimentado y el sentimiento del pasado pueden ser evocados pero su experiencia actual va a ser distinta. Sin embargo en el signo hay cierta estabilidad y**

permanencia. La estabilidad de la significación tiene que ver con la zona del significado que se refiere al objeto (significado referencial), pero –en la vida– hay una movilidad según el contexto actual que completa ese significado con la relación aquí y ahora del objeto en su relación con el sujeto.

- **El sentimiento nace en el plano del contenido de la relación entre el significado objetual o referencial (de lo pensado o dicho) y el sujeto.** El plano del contenido viene constituido por una doble referencia: la “ideativa” (ligada al objeto como tal construcción) y la “ideo-afectiva” (sentimiento) expresando la relación del sujeto con el objeto.

En el drama del sistema de relaciones objetales, además de las querencias del sujeto, toda querencia del objeto se simultanea con una del sujeto. La mera relación con un objeto –cualquiera que sea– es una querencia (por tanto portadora de una valencia). La “relación de objeto” es un modo cómodo de denominar a una clase general que como tal no se actualiza sino en enunciados del género: “no me cae bien”, “prefiero estar con él”, “me gusta ver a Juan”, “me voy de viaje”... Que un enunciado no exprese directamente la querencia no significa sino que se encuentra implícita (y podría ser en la mayoría de los casos explicitada: “me voy de viaje, quiero descansar”).

En este trabajo nos hemos situado en una línea que da la primacía –en el humano “vivo”– a la experiencia y por tanto a la enunciación. Si el enunciado es una actualización, lo es de segundo nivel; la enunciación corresponde al primer nivel de esa actualización, y siguiendo a Parret (50) pensamos que la enunciación está por todo donde haya significación. Como escribe el último autor (p.150) “se ha hecho largo tiempo como si el que habla no desplegase sino actividades cognitivas (...) Es como si el discurso fuera plenamente lógico, de ningún modo ‘pático’...”, y no es así. El enunciado se carga con el sentimiento en cada pensamiento, en cada palabra, y lo hace desde “dentro”, desde el plano del contenido y no meramente desde la estilística o desde una energía que le sería sobreañadida.

Mientras que la emoción siempre es una reacción, la presencia del sentimiento es consustancial al transcurrir del pensamiento. Para la reacción emocional, salvo situaciones dramáticas en las que se produce una necesaria efracción por la intensidad del acontecimiento, es fundamental la anticipación del sujeto en tanto capacidad de dotar de sentido a lo que sucede. Por otra parte, si hablamos de anticipación, hablamos de pensamiento, de “lenguaje interior” y de sentimiento como origen de la emoción (que además, en forma de bucle, va a ser asunto de nuevas elaboraciones, es decir: de nuevos sentimientos).

La anticipación intrincada con la emoción y el sentimiento no es un mero ejercicio cognoscitivo sino que más bien se integra en un anhelo que además se funde en un conflicto. Cuando la falta de adecuada anticipación está libre de anhelo nos encontramos ante la pura sorpresa. Podemos distribuir los conflictos en dos espectros: 1) conflicto entre un anhelo del sujeto y lo que ofrece el mundo, 2) conflicto entre dos anhelos opuestos del sujeto. El conflicto psíquico propiamente dicho se adscribe al segundo espectro, en el primer caso se dibuja la frustración y mociones parecidas. Cuando el conflicto psíquico se refiere a anhelos instalados como extremos de una misma

dimensión hablamos de conflictos de contrarios. Si los opuestos nacen de la presencia o ausencia de un mismo rasgo estamos ante un conflicto de contradictorios (Zuazo, 30). Presentándose en ocasiones las emociones como nacidas del conflicto psíquico, aquellas que son consecutivas a los conflictos de contradictorios tomarán un carácter mas intenso dadas las complejas –y a veces imposibles- posibilidades de solución / elaboración. La estricta distribución que hemos propuesto entre la frustración y el conflicto de opuestos ciertamente, como no puede ser de otro modo en una mente llena de recursividades, no refleja la complejidad de los procesos sino sus dominantes: por ejemplo, en ciertos momentos el conflicto puede surgir de frustraciones previas, sin embargo lo que “ofrece el mundo” –al tratarse en lo real de un mundo posible actual- es construido en parte por el propio psiquismo. La emoción y el sentimiento se interpenetran en recursividades y conflictos.

10. BIBLIOGRAFÍA

1. Zuazo JI. Relaciones de objeto y relaciones interpersonales. *Psiquiatría Pública* 1996; 8, 5: 292-297.
2. Dahl H. La hipótesis apetitiva de las emociones: Un nuevo modelo psicoanalítico de motivación. En: Mayor L. (comp.). *Psicología de la emoción* Valencia: Promolibro, 1988.
3. James W. What is an emotion?. *Mind* 1984; 9: 188-204.
4. Zuazo JI. En torno al sistema de relaciones objetales: de la metáfora y la metonimia a la unión y la separación. *Informaciones psiquiátricas* 1996; 144: 153-164.
5. Castilla del Pino C. *Teoría de los sentimientos*. Barcelona: Tusquets, 2000.
6. Freud S. *Lo inconsciente*. Obras Completas. Tomo VI. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
7. Barberousse A. *L'expérience*. Paris: Flammarion, 1999.
8. Ryle G. *El concepto de lo mental*. Buenos Aires: Paidós, 1967.
9. Solomon R C. Emociones y elección. En: Calhoun Ch, Solomon R C. (comps.). *¿Qué es una emoción?*. México: Fondo de cultura económica, 1989.
10. Scheler M. *Le formalisme en éthique et l'éthique matériale des valeurs*. Paris: Gallimard, 1951.
11. Jung C G. *Psicología de la demencia precoz. Psicogénesis de las enfermedades mentales/1*. Barcelona: Paidos, 1987.
12. Lazarus R S, Coyne J C, Folkman S. *Cognición, emoción y motivación*. En: Neufeld R W. *Psicopatología y estrés*. Barcelona: Toray, 1984.
13. Ciompi L. Affects as central organising and integrating factors. *British Journal of Psychiatry* 1991; 159: 97-105.
14. Nguyen T T. *La formation des attitudes affectives. Essai de synthèse de Freud et de Wallon*. Paris: Vrin, 1976.
15. Ruiz Vargas J M. *La memoria humana, función y estructura*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

16. Abe J A, Izard C E. The developemental functions of emotions: an análisis in termes of differential emotions theory. *Cognition and emotion* 1999;13: 523-549.
17. Calhoun Ch. ¿Emociones cognoscitivas?. En: Calhoun Ch. y Solomon R. ¿Qué es una emoción?. México: Fondo de cultura económica, 1989.
18. Coleman D. Inteligencia emocional. Barcelona: Kairos, 2000.
19. Berrios G E, Fuentenebro de Diego F. Delirio. Madrid: Trotta, 1996.
20. Fodor JA. El olmo y el experto. Barcelona: Paidós, 1997.
21. Strawson G. La realidad mental. Barcelona: Editorial Prensa Ibérica, 1997.
22. Rodríguez Sutil C. El cuerpo y la mente. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.
23. Wittgenstein L. Investigaciones filosóficas. Barcelona: Crítica, 1988.
24. Bajtin M M. ¿Qué es el lenguaje?. En: Silvestri A, Blanck G. (comps.). Bajtin y Vygotsky: la organización semiótica de la conciencia. Barcelona: Anthropos, 1993.
25. Levi-Strauss C. L'efficacité symbolique. En: *Anthropologie Structurale*. Paris: Plon, 1974.
26. Searle J R. El misterio de la conciencia. Barcelona: Paidós, 1997.
27. Sperber D, Wilson D. La relevancia. Madrid: Visor, 1995.
28. Sartre J P. L'etre et le néant. Paris: Gallimard, 1976.
29. Zuazo J I. Corps et distance en psychopathologie. En: Guimon J, Fredenrich-Muhlebach A. Eds. Corps et psychopatologie. Genève: Ed. Médecine et Hygiène, 1997.
30. Zuazo J I. El símbolo, consciencia y no consciencia: aspectos clínicos. *Psiquiatría Pública* 1999; 11, 2: 98-105.
31. White M, Epston D. Medios narrativos para fines terapéuticos. Barcelona: Paidós, 1993.
32. Wallon H. De l'acte à la pensée. Paris: Flammarion, 1970.
33. Ajuriaguerra J. Le corps comme relation. *Rev. Suisse de Psychol. Pure et appliquée* 1962; 21: 137-159.
34. Wallon H. Les origines du caractère chez l'enfant. Paris: PUF, 1976.
35. Wittgenstein L. Sobre la certeza. Barcelona: Gedisa, 2000.
36. Russell B. Signification et vérité. París: Flammarion, 1969.
37. Ajuriaguerra J. L'enfant en son corps. *L'information Psychiatrique* 1962; 47, 5: 391-402.
38. Plutchik R. Emociones: Una teoría general psicoevolutiva. En: Mayor L. (comp.). *Psicología de la emoción*. Valencia: Promolibro, 1988.
39. LeDoux J. El cerebro emocional. Barcelona, Ariel-Planeta, 1999.
40. Zuazo J I. El sistema de relaciones objetales como estructura psicológica y la psicoterapia (II): sujetos, clases objetales y distancia oportuna. *Anales de Psiquiatría* 1998; 14, 8: 377-387.
41. Lacan J. Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Nueva Visión, 1979.
42. Barthes R. Elementos de semiología. Madrid: Comunicación, 1971.
43. Zuazo J I. El sujeto y sus objetos: enunciación y experiencia, aspectos psicológicos y psicopatológicos. *Anales de Psiquiatría* 1997; 13, 1: 31-40.
44. Eco U. Semiótica y filosofía del lenguaje. Barcelona: Lumen, 1990.
45. Tulving E. Remembering and knowing the past. *American Scientist* 1989; 77: 361-367.
46. Lyons J. Lenguaje, significado y contexto. Barcelona: Paidós, 1998.
47. Morfaux L M. Diccionario de ciencias humanas. Barcelona: Grijalbo, 1985.

48. Morgado I. Emoción, recompensa y castigo. En: Mora F. ed. El cerebro sintiente. Barcelona: Ariel, 2000.
49. Vygotsky L S. Pensamiento y lenguaje. Buenos Aires: Fausto, 1993.
50. Parret H. Les passions. Essai sur la mise en discours de la subjectivité. Bruxelles: Pierre Mardaga, 1986.